

mostró menos agradecido. Por último, con gran sentimiento de aquellos isleños, terminada su Misión, se despidió de su querido Prelado y partió nuevamente para la Península, en donde el Señor le reservaba nuevos trabajos, con los que había de acrecentar no poco la divina gloria.



CAPÍTULO X

DE VARIAS COSAS MARAVILLOSAS OBRADAS POR EL PADRE CLARET EN LAS MISIONES (1840-1850)

1. Su actividad y sus fuerzas extraordinarias. — 2. Discreción de espíritus. — D. Joaquín Masmitjá consolado por el P. Claret. — Sor Ana Artés. — Cómo leía el Siervo de Dios en las conciencias. — Marañas de una fingida endemoniada descubiertas por el santo Misionero. — 3. Don de profecía. — Presagia la impenitencia de una pecadora. — Trabajos previstos de una joven. — Anuncia el nacimiento de un niño y salva la vocación religiosa de una doncella. — El autor de la historia del santísimo Misterio. — La señorita Maspons: su vocación milagrosa anunciada por el Siervo de Dios. — Lluvia que no moja por el dicho del P. Claret. — Anuncia públicamente en unos ejercicios la próxima muerte de un sacerdote que asistía á ellos. — 4. Don de curaciones. — Enferma desahuciada curada por el Siervo de Dios. — Restituye bromeando la salud á un predicador. — Estudiante remediado. — El niño giboso. — Isabelita la paralítica. — Curación repentina de una enfermedad crónica de cuatro años. — Un pequeñito Job curado con las oraciones del Siervo de Dios. — Curación de un ciego. — Operación hecha en una rodilla al P. Claret. — 5. Libra éste á un joven de ataques epilépticos y de su repugnancia á los actos de religión. — Conversiones extraordinarias obradas por el Siervo de Dios. — Conversión de tres hombres que habían intentado asesinarle. — El heresiarca de Alforja convertido con sus predicaciones.

1. De regreso de Canarias llegó el Siervo de Dios á Barcelona á mediados de Mayo de 1849. Retiróse á la ciudad de Vich, en donde se puso de nuevo á las órdenes de su Superior ordinario, y bajo su obediencia siguió trabajando, como de costumbre, de una manera incansable. Mas antes de referir las nuevas obras que para el servicio de Dios nuestro Señor llevó á cabo en este primer período de su vida anotaremos algunos hechos extraordinarios acaecidos en este tiempo de las Misiones, y los dones sobrenaturales con que el Señor le enriqueció para autorizar sus predicaciones y enseñanzas.

Quien haya reflexionado un poco sobre cuanto llevamos dicho, no podrá menos de admirarse de las fuerzas extraordinarias que mostraba tener, pues comiendo tan parcamente que

apenas bastaba para sustentar la vida de un hombre, y pasando las noches en oración sin tomar muchas veces descanso alguno, y durmiendo cuando más dos ó tres horas sin acostarse en la cama y con postura harto incómoda, ¿cómo podía humanamente sobrellevar los continuos y penosos trabajos de su ministerio? Esta era una de las cosas de que más se maravillaban las personas que le conocieron y veían sus trabajosas ocupaciones tomadas sin descanso.

Así, muchos varones virtuosos y reflexivos que le conocieron y trataron opinaban que los trabajos apostólicos del Siervo de Dios eran superiores á las fuerzas ordinarias del hombre y que nadie podía sostenerlos sin un especial auxilio de Dios. Para prueba de lo dicho citaremos un solo ejemplo, y por él se podrá venir en conocimiento de los demás. Testigo presencial del hecho fué el señor Canónigo penitenciario de Tarragona, quien, cuando el caso se verificó, era Cura párroco en una de las iglesias de la misma diócesis.

“Había dado fin el P. Claret á una Misión dada en una respetable parroquia del arzobispado de Tarragona, en la que había trabajado sin descanso por espacio de diez días, desplegando todo su celo apostólico, cuando al amanecer del día siguiente emprendió un viaje de diez horas á pie, por un terreno sobremano montuoso y accidentado, cual es el de nuestro Priorato. Á las tres horas se detuvo en la parroquia del mencionado Cura, predicando allí un sermón de una hora, fervorósimo, como todos los suyos, y más todavía, si cabe, por haber acudido un gentío inmenso y el clero de todos los pueblos vecinos, atraídos de la fama de santidad del predicador, comparable tan sólo con la de San Vicente Ferrer y del Venerable Fray Diego de Cádiz, de quienes se conserva la memoria de que predicaron también en esta comarca. En seguida, después de haber rezado y comido muy parcamente, según solía, anduvo toda la tarde, y siempre á pie, las siete horas que faltaban para llegar al pueblo donde debía al día siguiente empezar otra Misión, por ser uno de los principales del arzobispado. Este suceso no hubo nadie que no lo tuviese por maravilloso en atención á todas sus circunstancias, pues no parece haya fuerzas humanas capaces de resistir tan rudas tareas sin dar señales de debilidad ó de cansancio. Y no se crea que éste fué el único durante su estancia en este país, pues que otros

semejantes publicaba todos los días la fama, sino que se inserta éste porque de él puede dar razón, como he insinuado, uno de los señores Capitulares de esta Santa Iglesia Catedral (1).”

Era, en verdad, un prodigio continuado sostener por meses y años enteros tantas y no interrumpidas fatigas sin comer apenas y descansar lo absolutamente necesario para la inmensa mayoría de los hombres, y así, no sin razón, podemos concluir con el ilustre D. José Homs, deán de la catedral de Vich: “Era general la opinión de que sin el auxilio especial de la gracia no podía sostener tanto trabajo (2).”

2. En cuanto al don de la discreción de espíritus, de que en parte ya hemos hablado, parece que le era como habitual y que lo tuvo durante todo el tiempo de las Misiones, y aun después siendo Arzobispo, según se dirá en su lugar. Son tantos los casos en los cuales se manifestó que el Señor le daba á leer los secretos de las conciencias que es imposible recordarlos todos, pues son muchísimas las personas que por experiencia lo averiguaron y dieron de ello testimonio. Contentaréme, pues, con referir alguno que otro caso de los acaecidos en el fecundo decenio de 1840 á 1850.

El ilustre doctor D. Joaquín Masmitjá, arcipreste de la catedral de Gerona, cuenta de sí que, como le atormentara una secreta congoja de espíritu, había determinado declararse con el P. Claret para pedirle consejo; mas fué grande su admiración cuando, al encontrarse con él, antes de despegar por su parte los labios, le adivinó la intención que traía y respondió á ella con tal tino y seguridad como si de antemano hubiera oído todo el estado de su alma y meditado sosegadamente acerca de él (3).

Sor Ana Artés, religiosa agustina del convento de las magdalenas, de Barcelona, dice que, hallándose en 1844 en la Garriga, fué á confesarse con el Siervo de Dios, y que antes que ella se explicase le adivinó todo lo que tenía en la conciencia, de lo cual quedó ella no poco espantada (4).

Otra vez, dando los ejercicios á las terciarias carmelitas de la ciudad de Vich, les dijo antes de comenzarlos que hicie-

(1) Ilustre Sr. D. Carmelo Sala, canónigo, oficio del 23 de Abril de 1880.

(2) Declaración del ilustre Dr. D. José Homs, deán de la catedral de Vich.

(3) Relación del ilustre Dr. D. Joaquín Masmitjá.

(4) Relación de Sor Ana Artés, religiosa agustina.

sen su confesión sin perturbarse ni acongojarse, porque veía las conciencias de todas (1). Otro tanto manifestó el Siervo de Dios á las Carmelitas descalzas del convento de Santa Teresa, en la misma ciudad, según probado testimonio que de ello dió la Rda. Madre Priora de aquel convento, Sor María Esperanza de la Concepción, al capellán de la Comunidad, que lo era entonces D. Mariano Arenyas.

Estando hospedado en casa del capellán de las Magdalenas, en Barcelona, acaecióle un caso curioso, entre trágico y cómico, donde se echa de ver cuán pronto comprendía el verdadero estado de los espíritus. Presentósele una madre con su hija diciendo que aquella muchacha estaba poseída de malos espíritus; así lo habían creído muchas personas por las extrañas contorsiones que hacía la joven en presencia de determinados objetos y por el furor que la asaltaba delante de las cosas sagradas. Cuando estuvo en presencia del Padre comenzó á agitarse sobremanera, y á tal extremo llegó su osadía que levantó la mano y dió un bofetón al Siervo de Dios. Este, con mucha tranquilidad y mansedumbre, sin perturbarse de la injuria, dijo á la afligida madre de la muchacha: "Esta hija de usted no tiene malos espíritus, sino holgazanería, que se ha de curar á palos. Hágala Ud. trabajar, y si no quiere, castíguela." Aprovechó la madre muy bien el consejo, y de allí á poco se descubrió claramente el fingimiento de la perezosa joven, la cual, con tan picante remedio, quedó muy pronto curada (2).

Terminaré lo tocante á este don con el testimonio del piadoso autor de las Memorias, quien, como después veremos, fué una de las personas que más trataron al Varón de Dios. "Muchas personas, — dice, — nos han asegurado que, confesándose con él, les había dicho los pecados antes de que ellos se los declarasen, y nos acordamos bien haber oído de los labios del mismo Siervo de Dios que el Señor le había concedido esta gracia (3)."

3. Por algunas cosas que en el curso de esta Vida se han referido se echa ya de ver que el Señor le concedió también

(1) Relación de la Madre Paula Delpuig, superiora general.

(2) Declaración de D. Jaime Bofill.

(3) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.

el don de profecía, haciéndole ver las cosas venideras como si hubieran ya sucedido. Mas ahora añadiremos en confirmación algunos otros casos acaecidos en la época de sus Misiones. Pasando una vez el santo Misionero por el pueblo de La Selva del Campo, provincia y diócesis de Tarragona, le vinieron á decir que deseaba verle una mujer enferma, á la cual tenían todos por endemoniada. Con ser el celoso Misionero muy diligente en visitar á los enfermos, y más cuando lo estaban también del alma y alguien se lo pedía, esta vez no fué así, sino que dijo con resolución: "No voy, porque esta mujer está perdida delante de Dios." ¡Palabras terribles que comprobaron los sucesos! Llamado más tarde el señor Cura regente de la parroquia, fué sin resistir; mas la desgraciada mujer le recibió tan descortés y sacudidamente, y desató su malvada lengua en tales injurias contra el caritativo sacerdote, que éste, viendo que ningún fruto podía hacer en alma tan endurecida, salió de allí muy apesadumbrado, murmurando por lo bajo estas palabras: "Estás perdida delante de Dios," que fueron las mismas que pronunció nuestro bienaventurado Padre; y así fué que al cabo de poco tiempo se supo que la mujer había muerto de repente, sin dar señal alguna de arrepentimiento (1).

Hallándose el Siervo de Dios en la Pobra de Lillet, entregó un ejemplar del libro titulado *Camino recto* á una niña de trece años, por nombre Cándida Vilalta, y acompañó el regalo con estas proféticas palabras: "Toma este libro, pues tú con el tiempo padecerás mucho y él te servirá de consuelo." Disfrutaba ella entonces de perfecta salud; todo en torno suyo parecía pintado de color de rosa, y nadie podía imaginar el alcance del fúnebre pronóstico. Mas el decurso de su vida manifestó sobradamente la verdad del anuncio, porque la infortunada joven padeció muchas y gravísimas tribulaciones, dislocaciones de huesos, operaciones difíciles y dolorosas, y otros muchos males, que repetidas veces la pusieron en peligro de muerte, y cinco de ellas estuvo ya viaticada. Único consuelo en sus dolencias fué aquel precioso libro que cuando niña le regaló el bendito Padre, porque en él halló el bálsamo

(1) Relación del mismo regente D. Francisco Recasens y Martí. Testigo auricular, P. Francisco Cases, C. M. F.

de la religión y ricos tesoros de resignación cristiana. Todo lo cual consta por relación que ella misma hizo á la edad de cuarenta años al Rdo. P. Pablo Coma, del Oratorio de San Felipe Neri, en la Ciudad Condal (1).

Más aún que en los anteriores resplandece el don de profecía en el caso que ahora diré. En el pueblo de Estany, que pertenece á la diócesis de Vich y á la provincia de Barcelona, vivían en santo enlace, y en edad ya algo avanzada, D. José Rovira y Doña Rosa Malats, con dos hijas, fruto precioso de su pacífico matrimonio. La menor, que era de complexión muy delicada, estaba casi siempre enfermiza, y murió todavía muy joven. El amor de los tiernos padres se había reconcentrado en la otra, que á su buen natural, dócil y despejado, juntaba mucha piedad y virtud, por lo cual constituía la única esperanza de los afligidos esposos y el único consuelo que esperaban tener en la vejez, con lo que daban por bien pasadas todas sus penas y amarguras. Pero el Señor, que miraba complacido la pureza y el amor de la piadosa joven, quiso escogerla para sí y hacer de ella una de sus más queridas esposas. Cuando el mundo con mayor gracia parecía sonreírle, sintió Cándida, que así se llamaba la bendita doncella, interiores impulsos que le movían á dejarlo, y comunicóle Dios tan clara umbra de la vanidad de él y de sus apariencias halagüeñas, que cuanto más el curso de los acontecimientos parecía acercarle al mismo, mas ella en su corazón lo aborrecía y deseaba alejarse. Con esto comenzó á creer que Dios la llamaba al estado religioso; pero tropezó con la oposición que hallaría en sus padres, á los cuales por esta causa no se atrevió á manifestar en un principio sus deseos; pero creciendo cada día y siendo cada vez más frecuentes los divinos llamamientos, juzgó que no podía ocultarlos por más tiempo sin resistir á la gracia. Expúsolos, pues, con humildad á los descuidados padres, los cuales quedaron no poco espantados y admirados de semejante propósito; y aunque como buenos cristianos no querían oponerse á la voluntad del Señor, dudaron que estos deseos fueran efecto del divino llamamiento, pues no les quedaba en casa quien los asistiera en la vejez y parecía esta obligación natural de su única hija.

(1) Relación del P. Pablo Coma

Ignorante la joven sobre el partido que debía tomar, fué á consultar el caso á su confesor, que era el Rdo. P. Francisco Canals, prior de los carmelitas calzados de la ciudad de Vich, varón muy respetable por sus conocimientos y virtudes, el cual á la sazón se hallaba allí de Cura ecónomo á causa de la forzosa exclaustación de 1835. El padre de la doncella, como hombre timorato, acompañó á su hija para pedir él también consejo y exponer las razones que tenia para oponerse á la inclinación de su hija. Como el caso era tan grave y concurrían en él tan escabrosas circunstancias, el confesor no se atrevió á resolver por sí mismo; y acordándose que entonces estaba en Vich el P. Claret, les dijo: "Aquí está *Mosén Claret*; ya sabéis que es hombre de ciencia, virtud y experiencia: presentaos á él, explicaos y haced lo que él os diga."

Fueron, efectivamente, al Siervo de Dios, pero no juntos, sino por separado; el padre quiso ser el primero en presentarse y exponer el asunto; luego lo verificó la hija; y así que el prudente Misionero hubo oído á entrambos sosegadamente, púsose algunos instantes meditabundo y en actitud de orar, y al poco rato dijo al padre de la muchacha que podía dar á ésta el consentimiento para abrazar el estado religioso, "porque, —añadió,— dentro de un año el Señor te concederá de tu mujer un hijo varón, que vivirá y será vuestro consuelo en la vejez."

La profecía se cumplió exactamente en el tiempo anunciado, á pesar de que la esposa de D. José Rovira pasaba ya de los cuarenta y cuatro años y hacia más de seis que no había tenido hijo alguno. Una de las personas más enteradas de este caso, el día que nació el niño exclamó: "¡Mirad!, ha nacido día por día pasado el año desde que lo anunció *Mosén Antón Claret*." Algunos le llamaron el hijo del milagro. Al ver cumplido el pronóstico, aquellos dos esposos no tuvieron ya dificultad en dar á su hija el consentimiento para que entrase en Religión, y así la agraciada joven, con gran contento de su corazón, verificó luego la entrada en el Instituto de las Hermanas carmelitas terciarias de la Caridad; permaneció en él con mucha edificación, tomando el nombre de Josefa Francisca del Corazón de Jesús, y actualmente es Superiora del hospital que está á cargo de las Hermanas en la importante villa de Figueras. El hijo del milagro, que todavía vive, creció

prósperamente y fué un verdadero consuelo para sus ancianos padres (1).

El presbítero D. Pablo Parasols cuenta de sí que en los ejercicios que para recibir el diaconado hizo en el año 1849, con otros ordenandos, bajo la dirección del P. Claret, éste, hablando con él de obras y publicaciones, le dijo: "Tú también escribirás, y la primera obra será para mayor gloria de Dios." Diez años más tarde, sin pensar en las palabras del Siervo de Dios, el Sr. Parasols escribía la historia del santísimo Misterio, titulada *San Juan de las Abadesas y su mayor gloria el santísimo Misterio*, primera de todas sus publicaciones (2).

A muchas personas les acaecía que, cuando el P. Claret predicaba, les parecía oír lo que pasaba por su alma, como le pasó á cierto sujeto, según su propio testimonio, en la Cuaresma que el Siervo de Dios predicó en Mataró el año 1845. En esta última población ocurrió un hecho que merece también dejarse por escrito. La hermosa joven Francisca de Paula Maspons, rica y amable, más por su virtud que por sus muchas y raras partes, era un alma que el Señor tenía reservada para ser su esposa; pero ella estaba tan distante de pensar en esto que sonreía á la felicidad con que el mundo le brindaba. Había ya entrado en tratos, aunque honestos, con un joven de su posición, y habían pasado las cosas tan adelante, que decidida á casarse había obtenido el consentimiento de sus padres con gran contento de éstos, y todo estaba ya preparado para el próximo enlace. Andando en éstas y embriagada con tan dulces ilusiones, el P. Claret, aunque no la había confesado ni podía humanamente saber el estado del alma de la novia, dijo á una amiga de ésta, llamada Teresa Figueras, que no se casaría, si no que sería monja. No tardó en cumplirse el extraño pronóstico: la elegante señorita Maspons, tocada repentinamente de la divina gracia al escuchar los sermones del Siervo de Dios, é iluminada con luz del cielo para conocer las excelencias del estado de virginidad, desistió del matrimonio, pidió el santo hábito en el convento de religiosas capuchinas de la misma ciudad de Mataró, y admitida entró en él el 10 de Junio

(1) Noticias recibidas del presbítero D. Juan Janes y de la Madre Hermana Francisca Rovira del Corazón de Jesús.

(2) Declaración de D. Pablo Parassols y Pi, ad art. 125.

del mismo año, no sin haber tenido que sostener antes una encarnizada lucha con el afecto de su padre, que la amaba con delirio, y que de sentimiento quedó loco durante algún tiempo. Esta conquista del P. Claret fué tan extraordinaria que dió mucho que hablar á varios periódicos de España y de la América, que comentaron el caso á su placer. Contra lo que todos auguraban, la distinguida joven, con el nombre de Sor María Francisca, perseveró y persevera aún en el claustro con inefable alegría de su alma, y ella misma, además de otras religiosas de su convento, declaró el hecho en el proceso informativo para la causa de beatificación del Siervo de Dios, según yo mismo he podido leerlo.

En 1844 dió en el pueblo de Masnou una Misión que duró por espacio de veinte días. Asistía á ella innumerable muchedumbre de personas, ora de la misma población, ora de los pueblos vecinos, como Teya, Alella y otros muchos. Un día acaeció que, mientras se estaba celebrando la función en la iglesia, comenzó á caer una lluvia torrencial, que continuó no poco rato. Afigiáanse los forasteros por el temor de no poder volver á sus hogares, cuando, presentándose en medio de ellos el P. Claret, los calmó diciendo: "No temáis, porque á pesar de tan abundante lluvia volveréis todos á vuestras casas sin mojaros ni aun los pies,"; y así fué, pues pasando unas treinta personas de regreso á sus pueblos por el torrente llamado de Alella, que en tiempo de lluvias es intransitable, estaba el suelo enjuto como si no hubiese llovido, lo cual causó extraña admiración en los transeuntes, que no sabiendo explicar aquel suceso se deshacían en alabanzas del gran predicador, cuyo pronóstico tan á la letra se cumplía (1).

Dando ejercicios en 1849 al clero de la ciudad de Vich, el primer día dijo á su respetable auditorio: "Hay uno entre ustedes que ha comenzado los ejercicios y no podrá concluirlos, y él no se lo figura." Estas palabras sorprendieron al ilustrado auditorio. El mismo día ó al siguiente, uno de los ejercitantes se puso enfermo, y al poco tiempo murió de aquella enfermedad. Su fallecimiento causó en el ánimo de todos más viva impresión que todas las meditaciones y las pláticas de aquellos

(1) Testigos: D. Ramón Pujol, presbítero; D. Antonio Para y Bosch, presbítero; Tomás Prat, de sesenta y dos años, y Josefa Homs, de sesenta y ocho.

días de retiro. "Pasados muchos años,—dice el P. Clotet (1),— algunos de los ejercitantes que lo presenciaron nos lo refirieron, añadiendo que no podían recordarlo sin sentirse todavía conmovidos (2)."

4. También parece que el Señor quiso honrar á su fiel Siervo con el don de curaciones. Algunas quedan ya referidas; pero añadiré aquí otras varias, en algunas de las cuales no creo que pueda hallarse explicación natural que satisfaga.

Había en la ciudad de Vich una señora, llamada Doña Antonia Vila de Calderó, enferma de mucha gravedad; los médicos la daban ya por muerta, los sacerdotes la ayudaban á bien morir, y ella, como después refirió á nuestro P. Clotet, persuadida de la proximidad de su partida para la eternidad, se había ya preparado convenientemente para tan terrible trance. En este estado la visitó el P. Claret. Al salir el Varón de Dios del aposento de la enferma, los de la familia le preguntaron qué le parecía del estado de Doña Antonia. "Curará",—respondió el Padre; y luego mandó que le diesen cierta bebida que no sabemos cuál era. Fué después á verla el médico Dr. D. Esteban Campá, y la enferma, que tenía muy elevado concepto de la santidad del P. Claret, le comunicó como una buena nueva que había tenido la dicha de ser por él visitada. "¿Y qué ha dicho?—preguntó el médico.—Que le diéramos tal bebida,—respondieron los de casa.", Quiso aquél ver el remedio, y después de examinarlo dijo con tono de mucha seguridad: "De nada le servirá; pero dénsela ustedes puesto que él lo ha dicho.", Diéronle, en efecto, la bebida, y luego de tomada comenzó á mejorar notablemente, de manera que en pocos días se restableció por completo, y su esposo solía decir después muy convencido: "No la curó el médico, sino la visita de Mosén Claret.", En la misma persuasión estaba la agraciada, y el diligente autor de las Memorias oyó y recibió por sí el testimonio de entrambos, que tuvo buen cuidado de anotar exactamente.

Otro caso no menos admirable le pasó en Barcelona con el P. Pedro Nolasco Tenas, religioso mercenario. Había éste arrojado sangre por la boca, y el acreditado médico, doctor

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

(2) Rdos. D. Mariano Arenyas, D. Francisco Porta, D. Jaime Horta y otros.

D. Francisco Saqués, consideró al enfermo en tan grave peligro que, acaeciendo esto por los días de Navidad, no creía que llegase al 1.º de Enero. El enfermo había recibido los últimos Sacramentos y se disponía con fervor para la muerte, que así él como los que le rodeaban creían estar muy próxima. En estas circunstancias le visitó nuestro bondadoso Misionero, quien se hallaba entonces en la ciudad. Al llegar el bendito Padre, después de los acostumbrados saludos puso la mano sobre la cabeza del paciente, recitó una breve oración, y luego, con jovial y alegre semblante, le dijo: "Padre Pedro, anímese Ud., que aún me ayudará á explicar el Catecismo y á predicar sermones.", El moribundo se puso bueno al día siguiente, y se dedicó al ejercicio del sagrado ministerio hasta su muerte, acaecida muchos años después, y fué uno de los que en su tiempo más ocuparon la sagrada cátedra en Barcelona (1).

Cuenta de sí mismo el Rdo. D. Francisco de Asís Puigdollers que, siendo él estudiante, padecía un terrible dolor de cabeza que le obligó á suspender los estudios. Después de dieciséis meses de continuos padecimientos y sin hallar alivio alguno en los remedios que le prescribían los facultativos, por consejo del ilustre Dr. D. Jaime Passarell, á la sazón catedrático de Teología moral en el Seminario de Vich, y de otros respetables sacerdotes, acudió al P. Claret. Dijole éste que se aplicase á la cabeza un emplasto de almoradux rociado con aguardiente; y como se lo aplicara el enfermo, cesó repentinamente el dolor, y nunca más le volvió á acometer. Don Francisco y cuantos supieron el modo de su restablecimiento juzgaron que curación tan radical é instantánea no podía ser sino efecto de las oraciones del virtuoso Misionero, y que el remedio fué para ocultar el don con que el Señor le había favorecido (2).

Eran tantos los que habían recobrado la salud con las visitas del bienaventurado Padre, y de tal manera se había esparcido la fama de ellas, que, como en otro tiempo el divino Salvador, muchos acudían á él con sus enfermos para que los sanase.

(1) Testigo, Doña Josefa Tenas, su hermana y viuda de Martorell.

(2) Relación de D. Francisco de Asís Puigdollers.